

Páginas desconocidas de Ventura García Calderón

Las tres pruebas del padre Vélez

Ofrecemos en carácter de primicia un cuento y un poema de Ventura García Calderón escritos en francés y prácticamente desconocidos. Han sido traducidos, respectivamente, por los poetas Javier Sologuren y Ricardo Silva-Santistevan. La versión francesa del cuento "Las tres pruebas del Padre Vélez" se publicó en *Danger de mort* (Peligro de muerte), París, Editions Excelsior, 1926. El poema "A.M.A.C.", del que reproducimos una copia manuscrita, es el único poema escrito en francés que se conoce de Ventura.

Ustedes lo han conocido cuando poseía una magnífica barba blanca y la amistad de los caníbales; sí, ustedes lo han visto circular cuando, perfecto apostólico, descendía los grandes ríos en canoa, con real pompa, rodeado de quienes fueron "infieles" portadores, para defenderlo, de las más largas flechas de la Amazonía. Pero les hablo de un Padre Vélez muy joven, de barba pelirroja, cuyos ojos verdes asombraban supersticiosamente como las esmeraldas caras a los Incas. Misionero español, venía a conquistar para la fe católica a los indios más reacios del mundo.

No era nada fácil. Su fuerza física, sus cabellos color de **ara** -el ave selvática-, su pericia en disparar la carabina, ciertamente poseía con ello serias ventajas; pero esos indios antropófagos son tan astutos como desconfiados, y los espejitos o los relojes de bolsillo que él prodigaba no hacían progresar mucho los asuntos del Padre Vélez. Establecido en Tamboyacu, en plena selva amazónica, atraía a los indios semicivilizados, que acuden a hacer trueques con los blancos, en grupos y sin soltar las armas, pues jamás se sabe adónde pueden conducir los regalitos. Se empieza por intercambiar, muy lealmente, un bello estoque por caucho de primera calidad, con copiosas libaciones de masato, cuando de pronto las armas de fuego partes solas, los más hábiles quedándose con todo. Lo que más admirable del Padre Vélez, era que ofrecía sus regalos sin esperar compensación. Esto no se contaba dentro de las costumbres de los indios. Hasta a los dioses misteriosos, diferentes y numerosos que habitan la selva y el cielo, se les da para pedir. ¿Cuáles eran pues los designios secretos de este brujo de barba pelirroja?

Las mujeres de la tribu a quienes le había provisto de largas agujas de arriero y carretes de hilo de Europa le habían tomado simpatía, lo defendían abiertamente contra los viejos tradicionalistas. Por la noche, en torno al fuego que aleja los jaguares, estos guardianes del pasado contaban con ronca melopea melancólica los desastres de la tribu cuando era hospitalaria. Pese a ello, un día de gran asamblea, mientras las viejas desdentadas mascaban la yuca para hacer, con su saliva espesa, una bebida incomparable, se decidió pactar con el



brujo extranjero, o darle muerte enseñada, si no probaba, meridianamente, sus dones extraordinarios. El Padre Vélez no se enteró sino mucho más tarde de todos esos preparativos, pero un campesino aragonés tiene a veces el instinto mañoso del los indios del Perú.

Fue en la misa que tuvo lugar la primera prueba. ¿La misa? Sí, a orillas de un río torrencial, el Crucifijo prendido de un árbol, mientras que los futuros cristianos se hallan en las canoas, prestos a huir o a atacar, según las circunstancias. El cielo se había oscurecido con

la presteza de las tempestades en la montaña, cosa que no les gusta mucho a los indios. El rayo y la serpiente de cascabel son quizá las únicas cosas que temen en la tierra. Entonces, uno de ellos, orgulloso y pomposo como un rey de las verdes soledades, avanzó hacia el sacerdote, interrumpiendo su misa y anunciándole que iba a amenazar a los dioses. Fue muy bello, algo romántico también. Entró la mano izquierda y el pie derecho, estiró el arco y la cuerda hasta formar un círculo perfecto. Fue entonces que la flecha ascendió como un ara furibundo, en

línea recta, agujereando la neblina y las cimas, en vuelo al reino de los rayos.

El azar o no se qué providencia caníbal hicieron bien las cosas, y la tempestad se alejó súbitamente. Muy orgullosos de sí mismos, los indios le pidieron al misionero que exigiese también de su dios alguna prueba de amistad parecida, por ejemplo, pequeños rosarios de vidrio o armas de acero, golpeando la tierra. No fue muy difícil, pues el Padre Vélez había días antes enterrado sus ba-

Pasa a la Pág. 20



A. M. A. C.

*Blancura splendora que nimba oro rizado,
de qué elogio de antaño para gloria venido,
te envuelve el decorado de una luz venerable,
cansada, y ofrecida, desnuda, a mi navío?*

*Tras de tantos reveses y embustes y naufragios,
dudosos o con miedo - la sonrisa cansada,
"¿Puede una dicha nueva sepultar viejos sueños?"
preguntan sin palabras, nuestros pechos, muy bajo.*

*¿Qué importa! Amiga, amante o, quién sabe, Verónica,
inclina, pues, tu rostro de tan tierno contorno
y tiéndeme tus manos de romántica estampa,
lasitud compartida es quizás el amor.*

Ricardo

A.M.A.C.

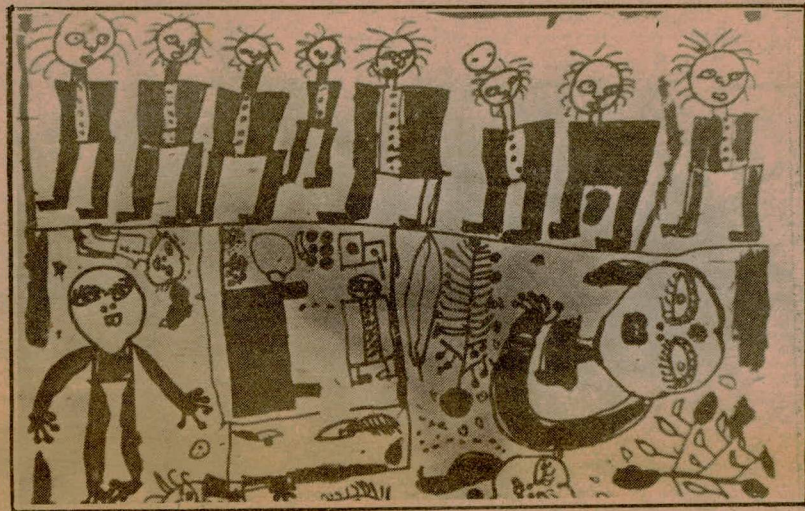
**Blancura esplendorosa que nimba oro rizado,
¿de qué elogio de antaño para gloria venido,
te envuelve el decorado de una luz venerable,
cansada, y ofrecida, desnuda, a mi navío?
Tras de tantos reveses y embustes y naufragios,
dudosos o con miedo - la sonrisa cansada,
"¿Puede una dicha nueva sepultar viejos sueños?"
preguntan sin palabras, nuestros pechos, muy bajo.**

**¿Qué importa! Amiga, amante o, quién sabe, Verónica,
inclina, pues, tu rostro de tan tierno contorno
y tiéndeme tus manos de romántica estampa,
lasitud compartida es quizás el amor.**

(Versión de Ricardo Silva-Santistevan).



Por
Carlos Gemán Belli



Bhopal, capital de Mathya Pradesh (el estado más grande de la India), posee la dolorosa fama de haber padecido la peor tragedia de la industria química, en diciembre de 1984, en una fábrica de fertilizantes norteamericana. Fundada en el siglo XI, gobernada sucesivamente por diversas dinastías (entre ellas la de los emperadores Mughal), viven allí unas setecientas mil personas, frente a dos lagos, de cuyas márgenes se alzan unas suaves colinas, que dividen a la ciudad en una parte alta y otra baja.

Sin embargo, pese a tales peculiaridades históricas y geográficas, hay algo en Bhopal que recuerda al Perú, por añadidura ubicado en las mismísimas antípodas. El rastreo de afinidades (obsesivo en muchos latinoamericanos que visitan la India), principia ya en el pequeño aeropuerto, tan parecido a los nuestros del interior; luego, el ingreso en la ciudad es quizás como entrar en Ica, por las abigarradas y coloreadas tenduchas en los bordes de la carretera. Más adelante, las rústicas barracas, que apenas pueden sostenerse, en realidad son como las que se alzan en

BHOPAL EN EL RECUERDO



los arenales que rodean a Lima.

Pero la reminiscencia puede ser de otra índole, no grata como la mía, sino patética como las imágenes grabadas en la mente de los niños de Bhopal, que vivían justamente en las inmediaciones de la fatídica fábrica, y que sobrevivieron nada más que merced a la Providencia. Algunos de estos pequeños testigos de la tragedia, participaron recientemente en un taller de pintura, organizado para ellos de modo especial, y casi todos dibujaron algo relacionado con su dolorosa experiencia, como un homenaje a los que perecieron a consecuencia de la explosión. En general, las pinturas que, en todas las latitudes suelen ejecutar los chicos sensibles, se caracterizan por un automatismo gráfico, figuras esquemáticas y colores puros; y, siempre como resorte de la inspiración, el descubrimiento de la realidad circundante. Lamentablemente, en los trabajos del taller infantil de Bhopal, hay detrás la vivencia más descarnada. Es el recuerdo perpetuo de unos niños que, de milagro, podrán llegar a la cumbre de su edad.

Viene de la Pág. 11

gajes para que no se los robaran. Los desenterró a la vista de todos, e hizo regalos suntuosos, y el incidente concluyó en una libación general. El júbilo de los indios se hallaba sin embargo algo inquieto, pues ambos jefes celestes habían testimoniado de un igual poder.

Si la divinidad exótica no parecía mala, se requería también probar que su servidor bien la merecía. Se convocó a éste con toda solemnidad a un festín bárbaro; sin embargo, por delicadeza, porque había mostrado su disgusto profundo por la carne humana, no se le hizo venir sino cuando todo ya estaba barrido, a la hora de las bebidas embriagadoras. El cacique lo esperaba delante de su cabaña de cedro, rodeado de sus mujeres de largas orejas, pintadas todas de espirales de un rojo ladrillo, llevando en la mano el loro verde y pequeños monos barbudos a la espalda. Este mundo inmóvil aguardaba al Padre Vélez quien debía arribar en canoa. Se vio brillar a los lejos, en un zig zag del río, el inmenso crucifijo de madera pendiente de su pecho, y el sombrero de paja de largas alas. Cuando desembarcó con elegancia llevando en una mano su remo, y dos huevos de tortuga en la otra, estalló un alarido siniestro, un grito que erizaba la piel, lanzado por mil gargantas salvajes, el rito de guerra de los caníbales. Se le

vio casi desaparecer bajo una nube de flechas y pequeñas saetas de barbacenas, que se lanzan a lo lejos soplando en una caña hueca. El Padre Vélez frunció apenas las cejas para ver mejor, creyendo haberse equivocado de campamento; pero, al darse cuenta de la emboscada, no se movió decidido a morir.

¿Habían perdido los indios, por vez primera, su admirable habilidad? Ni una sola flecha alcanzó al sacerdote; quedaron clavadas en círculo por tierra, rodeándolo como una barrera de plumas y de maderas vibrantes. Por coquetería, hasta habían plantado una flechita de chonta, la madera más dura del mundo, en el crucifijo del misionero. Entonces, mientras los arcos cesaban su trabajo preciso y fúnebre, una ruidosa alegría conmovió el campamento entero. Este misionero parecía digno de ser un amigo, pues el coraje es la única cualidad que los hombres de la selva aprecian en los demás.

-Amico, gritaron por doquier, tirando de la barba pelirroja del Padre, con el irrespeto simpático de los simples. Debió fumar y beber, como un canibal auténtico, ya que sabía quedarse tranquilo, de pie, bajo el huaracán de cosas emponzoñadas. Porque parecía digno de ser un verdadero jefe, se le ofreció una lanza muy hermosa en la que el ingenuo artesano había incrustado monedas anti-

guas, tomadas de los bolsillos de los hombres blancos que comiera. Luego, la más bella mujer de la tribu le puso al cuello un collar de dientes de mono.

Eran las dos de la madrugada cuando el masato había dado cuenta de los más sólidos guerreros. Uno de ellos, muy viejo, de una suciedad prodigiosa y cuyos cabellos extremadamente largos lucían bajo una capa de aceite de tortuga, era el que más se burlaba del Padre Vélez; pero, favorecido por el alcohol, fue presa de una amistad violenta por él, la amistad de los salvajes, tan peligrosa como su odio. Era el padre, precisamente, de la bonita muchacha que le había ofrecido el collar al bello misionero. Entonces, a las cuatro de la mañana quiso reafirmar su simpatía naciente esposando a su hija, sin ninguna ceremonia, con el brujo blanco. Los tomó de la mano, los empujó a su casucha y les cerró la puerta.

Esa fue la tercera y más peligrosa prueba del Padre Vélez. No se ofende a un padre de familia honesto, que os concede, con entusiasmo, una niña de quince años, cuyo labio inferior está ya graciosamente agujereado por un trozo de caña pintada y cuyo cuerpo, espléndidamente núbil, está marcado por completo, de arriba abajo, con peregrinos dibujos que enseñan a la enamorada la ruta por seguir hasta la selva de las embriagueces... ¿Cómo decirle, aun si se co-

noce su lenguaje, que no le está permitido el gozarla?

Ella había empezado por agazaparse en un rincón de la cabaña, según los ritos de la decencia salvaje. Pero, ya que ese hermoso macho de barba de oro no ejercía su autoridad violenta de marido, ya que no la brutalizaba según las sanas costumbres, debió presentarle con aire cándido un poco de bebida muy fresca apretando la calabaza contra sus dos senos magníficos para que él se dignara advertir el contorno. Sobre su ingenua florescencia estaba pintada, en espirales, una larga serpiente de redonda cabeza que miraba al cielo... Y ya que esos labios candorosos no saben besar, en cambio, no se resiste a la cadencia de ese paso indolente imitado de las fieras en celo.

¿Cedió el Padre Vélez a tantos encantos? Es su secreto. Al día siguiente, al subsiguiente y los demás, la muchachita quedó a su lado, fiel como una simia domesticada. Fue la primera "hija de María", cuando el Padre bautizó a los infieles. Más tarde, los viajeros liberales de Tamboycu han pretendido que todos esos niños pelirrojos de los alrededores provenían de los desvaríos de juventud del Padre Vélez. Pero yo no me hago garante de su candor. No, un ingenuo campesino de Aragón y una muchachita ignorante de la selva pueden entenderse a las mil maravillas, sin ofender al Señor.